

VALORACIÓN DE LAS TRADUCCIONES DE HOMERO EN LOS SIGLOS XIX Y XX EN ESPAÑA E IBEROAMÉRICA: DE HERMOSILLA A LECONTE DE LISLE*

PILAR HUALDE PASCUAL
Universidad Autónoma de Madrid (España)

0. INTRODUCCIÓN.

Durante la preparación de un trabajo más amplio sobre los estudios helénicos en el siglo XIX español, nos llamó la atención la reivindicación de la literatura homérica por parte de los intelectuales de la época y, más especialmente, la polémica creada en torno a la valoración de las traducciones de los poemas homéricos, centrada sobre todo en la traducción de la *Iliada* de Hermosilla. Esta observación se vio reforzada cuando llegó a nuestro conocimiento un texto del escritor nacional cubano, José Martí, sobre la *Iliada* de Homero, encontrando así la réplica, al otro lado del Atlántico, a la polémica que sobre las traducciones del ciego de Quíos se había suscitado en la Península. Nos propusimos entonces pasar revista a los testimonios que sobre esta controversia nos han transmitido algunos escritores de ambos lados del Océano, entre los que destacan, por la parte española, Juan Valera y Menéndez Pelayo, y, por la parte americana, autores como José Martí y Rubén Darío. Es, además, reseñable, el hecho de que esta cuestión en principio decimonónica siga encontrando eco en figuras clave de la literatura iberoamericana del siglo XX, como Julio Cortázar o Jorge Luis Borges.

1. LA TRADUCCIÓN DE HERMOSILLA EN EL CONTEXTO ESTÉTICO Y CULTURAL DEL SIGLO XIX ESPAÑOL.

Como hemos adelantado, el principal objeto de discordia entre quienes debaten durante la segunda mitad del siglo XIX, y aún la primera del XX, acerca de las traducciones homéricas al castellano es la versión de la *Iliada* de José Mamerto Gómez Hermosilla. El siglo XIX se había iniciado en una España cuya única traducción impresa de la *Iliada* era la que Ignacio García Malo había llevado a cabo en las postrimerías de la centuria anterior, y que dejaba bastante que desear no sólo en cuanto a su fidelidad al texto original, sino también a la forma poética de su versión castellana. Hacia los años treinta del siglo XIX se puede observar un renovado interés por los estudios helénicos en España, con la consiguiente preocupación de algunos intelectuales de la época por dotar a España de buenas traducciones de los autores griegos, resaltando la vergüenza que supone verse obligado a acudir a traducciones extranjeras. Dentro de esta corriente de recuperación de los textos clásicos y, en especial, de reivindicación de los autores griegos, hemos de situar el hecho, de que en los

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación 00/0069/1997 financiado por la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad Autónoma de Madrid.

primeros años del decenio de los treinta del pasado siglo se emprendieran de forma casi simultánea tres traducciones de la *Iliada* en España: la de Serafín Chavier, la de Francisco Estrada, y la muy famosa de Gómez Hermosilla, la única que llegó a ver la luz como libro.

Hermosilla justifica su traducción en el prólogo que la abre con dos argumentos fundamentales representativos de las dos grandes preocupaciones que imperan en los gustos estéticos del siglo XIX respecto a la traducción de los clásicos:

a) En primer lugar, la reivindicación de la fidelidad al texto clásico original y la crítica a las versiones no directas¹. Tal aserto puede resultarnos sorprendente hoy día, después de observar que su versión mantiene una considerable libertad respecto al texto griego y, más aún, cuando él mismo advierte en el prólogo de la supresión de algunos epítetos formularios que le parecen ociosos, así como de la adición de otros que considera necesarios. De esta forma, entendemos que lo que en esta época se denomina “traducción fiel” no es otra cosa que “traducción directa” de la lengua griega, frente a las versiones traducidas de otras lenguas, especialmente del francés.

b) La segunda idea matriz en torno a la traducción de los clásicos es que la versión de un texto poético ha de hacerse en verso, y que es tarea primordial encontrar cuál es la mejor forma métrica castellana para verter el metro griego. De esta forma, Hermosilla justifica su traducción en endecasílabos libres como la más adecuada para trasladar el hexámetro épico de griegos y latinos. Con estos presupuestos publica en 1831 su *Iliada*, obra de referencia para helenistas, literatos y eruditos durante todo un siglo XIX que no logró ver impresa otra traducción de la *Iliada* en España.

2. JUICIO CRÍTICO DE LA TRADUCCIÓN DE HERMOSILLA EN ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XIX.

La repercusión de la obra de Hermosilla fue notable y rápidamente suscitó valoraciones de muy diverso signo. Si el informe de censura, hecho por Francisco José Reinoso como requisito previo para la publicación de la obra, la declara “utilísima y honrosa a la literatura española”, además de “hecha en versos y lenguaje dignos de Homero”², pronto se desataron las críticas contra tan neoclásico preceptista³ cuando se impuso la estética romántica. En la segunda mitad del siglo, no obstante, su traducción recibió el elogio de dos humanistas españoles, Juan Valera y Menéndez Pelayo. Juan Valera es, tal vez, el más insigne helenista español del pasado siglo. Famoso por su traducción de la novela *Dafnis y Cloe* de Longo, no se privó, sin embargo, de sumarse a la polémica de su época sobre la mejor manera de trasladar el metro clásico a la versificación castellana, y nos dejó varios testimonios de su consideración de la versión de Hermosilla. El primero lo hallamos precisamente en el prólogo a su *Dafnis y Cloe*, cuando, tras citar explícitamente a Hermosilla, nos cuenta con ironía cómo a menudo se echa la culpa al traductor de la falta de sintonía entre el lector y la

¹ Asimismo en el también político y traductor José del Castillo y Ayensa en su *Traducción de Anacreonte, Safo y Tirteo* (Madrid, 1832, cf. P. HUALDE PASCUAL, “Documentos para la Historia de la Filología Griega en la España del siglo XIX: la censura de gramáticas y traducciones del griego y la Real Academia Greco-Latina (1830-1833)”, *EPOS* 13 (1997) 409-410).

² Cf. A. GONZÁLEZ PALENCIA, *Estudio Histórico sobre la censura gubernativa en España 1800-1833*, Tomos I-III. Madrid, 1934-1941.

³ No sólo pasó Hermosilla a la historia de la literatura española por su traducción de la *Iliada*, sino también por su obra de preceptiva literaria titulada *Arte de hablar en verso y prosa*, que recibió duras críticas por su rigidez.

obra literaria:

“Otros hay que se lo explican todo dejando a salvo al autor y echando la culpa al traductor desgraciado. Busca, por ejemplo, una persona elegante y de mundo, que oye decir que la *Iliada* es un trabajo prodigioso, una traducción castellana de la *Iliada*; le dan la de Hermosilla: empieza a leerla, se harta a las seis o siete páginas, y acude, para desenojarse, a una novela de Daudet o de Belot, que le parece mil veces más agradable. No atreviéndose a decir que Homero es insufrible, y que todos los críticos que le han elogiado lo hacían por seguir la corriente, o porque eran unos pedantones que con tales elogios querían darse tono, decide que el traductor lo ha estropeado todo, en lo cual hasta cierto punto no se equivoca a veces y de esta suerte deja a salvo por una parte el buen gusto y la agudeza y perspicacia que él cree tener y por otra la autoridad de los siglos y el general y constante consentimiento de varias y diversas civilizaciones y de muchas generaciones que han decidido que los cantos de Homero son de la mayor belleza.” (J. VALERA, Prólogo a *Dafnis y Cloe o Las Pastorales de Longo*. Madrid-Sevilla, 1880)

Podemos quizás entender en este párrafo una defensa de la obra de Hermosilla, dado que sabemos que su opinión es que ésta supera “a la traducción inglesa de Pope y a todas las francesas, y sólo cede a la alemana de Voss y a la italiana de Monti”⁴. Sin embargo, en sus últimos años emite un juicio más ponderado de la mencionada traducción, al hablar del uso del verso endecasílabo libre en lengua castellana:

“Entre nosotros Don Leandro Fernández de Moratín es quien ha escrito los mejores versos de esta clase. Muy por bajo deben ponerse los versos en que Hermosilla tradujo *La Iliada*, aunque distan mucho de merecer la acerba censura que lanzan contra ellos los más acérrimos contrarios de lo que se llamó el clasicismo cuando el romanticismo estaba de moda.” (J. VALERA, Pólogo a la primera edición de la *Neida* traducida por Luis Herrera y Robles, 1905).

Mucho más apasionada es la opinión de su amigo Marcelino Menéndez Pelayo. Al erudito santanderino le interesó sobremanera la figura y obra de Hermosilla, y sabemos por la correspondencia entre él y Valera que redactó una biografía de nuestro traductor, recogida luego por Enrique Sánchez Reyes en el Apéndice a su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*. La opinión de don Marcelino sobre la traducción de la *Iliada* de Hermosilla es óptima, pues la califica como “joya filológica” y de “muy estimable, cuando no excelente”. Las razones para esta opinión las expone de la siguiente manera:

1° La traducción de Hermosilla es fiel, exacta y literal en cuanto puede serlo una traducción poética (...)

2° Su traducción tiene un sabor bastante homérico, a diferencia de las francesas y la de Pope, que envuelven la sencillez del original en largas, académicas y ridículas perifrasis (...).

3° El tono, el lenguaje y colorido poético de la versión, son muy superiores a lo que pudiera esperarse en un tan helado preceptista como Hermosilla (...).” (MENÉNDEZ PELAYO, *op.cit.* t..X., 195-196).

⁴ Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*. t.X. Santander, 1953, 194.

En el artículo titulado “Hermosilla y su *Iliada*”, de 1878, Menéndez Pelayo critica el extendido juicio desfavorable con respecto a la traducción de Hermosilla:

“Y, sin embargo, es común opinión entre nosotros que la traducción de Hermosilla es mala, aunque nadie se ha tomado la molestia de probarlo, contentándose con vagas generalidades que demuestran en los detractores escasa lectura del libro tan agriamente censurado. Es de sobra frecuente entre nuestros hombres de letras, cuando ignoran el griego, leer a Homero no en el texto de Hermosilla, que desprecian, ni el latino del P. Alegre, que suelen no conocer, ni aun en el italiano de Monti, que fuera menor daño, sino en las traducciones francesas en prosa de Mad. Dacier, Bitaubé, Rochefort y algunos modernos, en especial Dugas-Mombel y Paul Guignet, que (cosa en verdad lamentable) se encuentran en los estantes españoles con más frecuencia que los trabajos de nuestros helenistas.” (MENÉNDEZ PELAYO, *op.cit.* t.X, 194-195).

Tan vehemente defensa de la obra de Hermosilla, ligada, como vemos, a la reivindicación del helenismo hispano, encontrará la más radical discrepancia en las palabras de José Martí.

3. HOMERO EN IBEROAMÉRICA: JUICIOS SOBRE LAS TRADUCCIONES DE LA *ILÍADA* DE HERMOSILLA Y DE LECONTE DE LISLE EN LAS OBRAS DE JOSÉ MARTÍ Y DE RUBÉN DARÍO.

Mientras en España se producían estas alabanzas a la traducción de Hermosilla, al otro lado del Atlántico, José Martí escribe un artículo titulado “La *Iliada*, de Homero” (publicado en 1889 en *La Edad de Oro*) en el que relata a los niños americanos el argumento de la *Iliada* con intención de impulsarles al conocimiento del gran poema épico. Siguiendo este propósito didáctico, se detiene a comentar elogiosamente las traducciones a las lenguas inglesa, alemana y francesa accesibles en su época, pero no manifiesta la misma opinión respecto a la traducción española de Hermosilla. Este hecho no deja de llamar la atención, dado que su juicio disiente sensiblemente con respecto a la opinión de sus coetáneos españoles Valera y Menéndez Pelayo, ya que, según Martí, esta traducción “carece del fuego, el movimiento, la majestad, la divinidad a veces”:

“Se siente uno como gigante, o como si estuviera en la cumbre de un monte, con el mar sin fin a los pies, cuando lee aquellos versos de la *Iliada*, que parecen de letras de piedra. En inglés hay muy buenas traducciones, y el que sepa inglés debe leer la *Iliada* de Chapman, o la de Dolsey, o la de Landor, que tienen más de Homero que la de Pope, que es más elegante. El que sepa alemán, lea la de Wolff, que es como leer el griego mismo. El que no sepa francés, apréndalo enseguida, para que goce de toda la hermosura de aquellos tiempos en la traducción de Leconte de Lisle, que hace los versos a la antigua, como si fueran de mármol. En castellano mejor es no leer la traducción que hay, que es de Hermosilla; porque las palabras de la *Iliada* están allí, pero no el fuego, el movimiento, la majestad, la divinidad a veces, del poema en que parece que se ve amanecer el mundo (...).” (J. MARTÍ, “La *Iliada* de Homero”, en *La Edad de Oro*. Madrid, 1990, 41).

No podemos, desde luego, achacar las palabras del gran escritor cubano a los errores de desconocimiento que Valera y Menéndez Pelayo atribuyen a los detractores de Hermosilla.

Martí había cursado algo de griego en sus estudios de bachillerato y también había estudiado lengua y literatura griegas en la Universidad de Zaragoza, lo que le permitía conocer de primera mano los textos homéricos. Es tal vez en su encendida alabanza de la traducción francesa de Leconte de Lisle donde podemos encontrar la clave para interpretar la crítica referente a la traducción española. Es evidente la admiración de Martí por la estética parnasiana, de la que es primer exponente Leconte de Lisle. Éste, frente a la moda de traducción de los clásicos en verso imperante en España en este momento, traduce a Homero en una prosa poética que, al no ceñirse al encorsetado sistema de versificación, permite una mayor libertad creadora y facilita la fidelidad al texto griego. Para un escritor como Martí, que declara que “traducir es transpensar”, y que la “traducción requiere un grandísimo cuidado, una especie de creación, porque ha de ser un vaciamiento exacto de lo que ha dicho en nuestro modo de decirlo”, es explicable que invite a sus jóvenes lectores a aprender francés para poder deleitarse con la versión de Leconte de Lisle, algo que chocaría enormemente a sus contemporáneos españoles admiradores de Homero, empeñados en dotar a España de un sistema de estudios que recuperase la enseñanza de las lenguas clásicas en la escuela. Por el contrario, en sus ideas reformistas sobre la enseñanza, Martí no considera que el aprendizaje del latín y del griego hayan de ser una obligación para todos los estudiantes. Antes bien, considera preferible un sistema de estudios que ponga en contacto al alumno con las lenguas modernas como el francés o el alemán más que con las lenguas clásicas, sin por ello cerrar la puerta a los que por vocación quieran aprenderlas⁵. Esto explicaría, sin duda, el consejo dado a los pequeños americanos acerca del aprendizaje del francés para poder saborear la versión de Leconte de Lisle.

El elogio de la traducción francesa del poeta parnasiano cuenta con otro testimonio en el continente americano, pocos años más tarde, en la obra del nicaragüense Rubén Darío. En el elogio fúnebre de Leconte de Lisle⁶, publicado por primera vez en el periódico *La Nación* en 1894 y recogido después en su obra *Los Raros*, de 1896, Rubén califica al poeta parnasiano de “homérica” y alaba su traducción de los textos clásicos con las siguientes palabras:

“El poeta, como traductor, fué insigne. A Homero, Sófocles, Hesíodo, Teócrito, Bión, Mosco, tradújolos en prosa rítmica y purísima, en cuyas ondas parece que sonansen las músicas de los metros originales. Conservaba la ortografía de los idiomas antiguos; y así sus obras tienen a la vista una aristocracia tipográfica que no se encuentra en otras.”

Este elogio de la traducción en prosa rítmica como sistema más fiel de traducción de los metros griegos se debe sin duda a la recepción que el autor tiene de las literaturas europeas, y especialmente de la francesa, cuyas corrientes parnasiana y simbolista, bien conocidas por Darío, en especial desde su estancia en Buenos Aires y más tarde en París⁷, influirán deci-

⁵ Cf. E. MIRANDA CANCELA, *José Martí y el mundo clásico*. Méjico, 1990, 16.

⁶ En 1895 haría también la necrológica literaria del propio Martí.

⁷ Cf. J.E. ARELLANO, “*Los Raros*: contenido histórico y coherencia interna”, en A.GARCÍA MORALES (ed.), *Estudios en el centenario de los Raros y Prosas Profanas*. Sevilla, 1998, 35: “Esta (sc. modernidad) se manifestaba en una identificación sincrónica de la capital porteña con las estructuras económicas, sociales y culturales de los países europeos; identificación o fenómeno sociológico traducido en una universalización literaria, que abarca la

sivamente en su obra posterior⁸.

Los dos escritores americanos, José Martí y su admirador Rubén Darío, están muy lejos, como vemos, del despego con el que Menéndez Pelayo alude en 1878 a las traducciones francesas “de algunos modernos”, entre las que seguramente debía incluir, aun sin citarla, la de Leconte de Lisle, publicada por primera vez en 1866. Por su parte, el otro autor español admirador de la traducción de Hermosilla, Juan Valera, pese a su carácter cosmopolita y viajero, deja constancia de sus reticencias respecto al excesivo amor a lo francés mostrado por Darío en *Los Raros*, advirtiendo del peligro que supone la caída en la “galomanía” del escritor nicaragüense⁹.

4. UNA VERSIÓN ESPAÑOLA SOBRE LA FRANCESA DE LECONTE DE LISLE: ECOS PARNASIANOS CONTRA EL ACADEMICISMO. LA REACCIÓN DE LOS FILÓLOGOS ESPAÑOLES Y EL TESTIMONIO DE JULIO CORTÁZAR.

En 1915, cuando siete años antes ha visto la luz la traducción castellana de la *Iliada* de Luis Segalá, aparece publicada en la colección Prometeo, que a la sazón dirigía el escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez, una versión española de la *Iliada* a partir de la traducción francesa de Leconte de Lisle¹⁰. Llama la atención que se desvele desde el prólogo que se trata de una retraducción del francés, dado que en España se llevaba casi un siglo clamando por buenas traducciones españolas que partieran de los textos griegos originales, mostrando en ocasiones, como vimos en el testimonio de Menéndez Pelayo, una clara actitud antifrancesa. El prólogo de la versión de Prometeo, firmada por Germán Gómez de la Mata, se inicia con unas palabras que son toda una declaración de principios: “han pasado los tiempos de las traducciones infieles”. Con la reivindicación de la fidelidad al espíritu de la obra, frente a la mera exactitud de las palabras, todo el texto es una proclama contra el academicismo de las traducciones hechas por profesores de griego, calificadas de artificiales y amaneradas, frente a la traducción hecha por un poeta, que es, por tanto, un creador. De esta manera, se afirma que “la *Iliada* y la *Odisea* traducidas por Leconte de Lisle son obras completamente nuevas”:

“Los poemas venerables que bajo la pluma de traductores académicos nacieron dormidos y parecían repeler al público con su plúmbea pesadez, tienen ahora en la versión del gran poeta de Francia la vida, el movimiento, el interés novelesco, el energético relieve de una epopeya de nuestros días.”

Con ello, nos encontramos ante una corriente estética favorable a la traducción de Leconte de Lisle, en calidad de traducción no académica. La pléyade de admiradores del tra-

recepción de la literatura extranjera, especialmente la francesa (...).”

⁸ Cf. J.E. ARELLANO, *art.cit.* 42: “Las obras de estos autores (sc. Leconte de Lisle, Verlaine y el propio José Martí) habían sido asimiladas profundamente por Darío”.

⁹ Cf. T. FERNÁNDEZ, “*Los Raros* frente al decadentismo”, en A.GARCÍA MORALES (ed.), *op.cit.*, 58: “Esa visión pareció plenamente consolidada en 1896 con la publicación de *Los raros*, libro que provocó las reticencias definitivas de Juan Valera, temeroso de que el excesivo amor de Darío a lo francés derivase en «galomanía» y hasta en «manía general y completa»”.

¹⁰ HOMERO, *Iliada, Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata, dos tomos*. Valencia, 1915.

ductor-artista se inicia en la propia Francia en figuras tan señeras como Pierre-Louijs, cuya lectura de la traducción de los poemas homéricos hecha por Leconte de Lisle hizo que el autor de *Afrodita* decidiese aprender griego clásico ya en la edad adulta¹¹.

Pero está claro que la versión de la editorial Prometeo, llena de galicismos e inexactitudes, deja mucho que desear a los ojos del estudioso o del filólogo, como podemos observar por las encendidas críticas de los profesores Daniel Ruíz Bueno y Julio Pallí¹².

No obstante la inconveniencia de publicar una retraducción, la popular colección Prometeo debió de acercar la obra del vate griego a un público numeroso, entre los que se encontraba, al otro lado del Atlántico, un joven argentino que llegaría a ser el gran Julio Cortázar, y que evocaba de esta manera la emoción con que se enfrentó por vez primera al texto de la *Iliada* en la mencionada versión española:

“Fijate que yo leí la *Iliada* a los dieciocho años en una versión española basada en la traducción francesa de Leconte de Lisle, es decir, la versión de una traducción. Bueno, a pesar de todas las meditaciones que esto significaba, la lectura de la *Iliada* fue para mí un choque tan tremendo que recuerdo que avancé en la lectura, sobre todo hacia la última etapa del desenlace, la lenta aproximación al combate final de Héctor y Aquiles, en un estado que puedo llamar perfectamente alucinatorio (...) Eso, claro, tiene mucho que ver con la ingenuidad de la juventud. He releído la *Iliada* en mejores traducciones, y aunque la impresión ha sido siempre prodigiosa, ya no había, digamos, ese estado prácticamente anormal en que uno deja de vivir en sus condiciones habituales para pasar a un estado en el que todo es posible y por donde entran las cosas más inesperadas, más extrañas y a veces más maravillosas.” (S. CASTRO-KLAREN, “Julio Cortázar, lector. Conversación con Julio Cortázar”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 364-366 [1980] 22).

La distinta percepción del texto de esta retraducción entre los filólogos españoles y el jovencísimo Cortázar justifican el rechazo en un caso y la admiración en el otro, de esta versión de la *Iliada*. Llamativa tensión entre lectores y filólogos digna de ser tenida en cuenta.

5. JORGE LUIS BORGES Y LAS TRADUCCIONES DE HOMERO: RESUMEN DE UNA TRADICIÓN.

Cuarenta y tres años después de que salieran a la luz las palabras de Martí sobre el texto de Homero, encontramos una curiosa coincidencia temática en el escritor argentino Jorge Luis Borges, dentro de su pequeño ensayo titulado “Las versiones homéricas”, incluido en su obra *Discusión* de 1932. El ensayo versa acerca de las traducciones de Homero a lengua inglesa, idioma en el cual debió de hacer Borges sus primeras lecturas de las obras homéricas¹³, y se refiere básicamente a la *Odisea*, obra preferida por él con mucho sobre la *Iliada*. De la misma forma que Martí en el siglo anterior entendía que una traducción debía, ade-

¹¹ Cf. G. HIGHET, *La Tradición Clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*. México, 1996, 247.

¹² Cf. D. RUIZ BUENO, “Versiones castellanas de la *Iliada*”, *Helmantica* 6 (1955) 95 y J.PALLÍ BONET, *Homeo en España*. Barcelona, 1953, 44.

¹³ En lo que concierne a la formación clásica de Borges, así como a sus lecturas de autores griegos y latinos, cf. C. GARCÍA GUAL, “Borges y los clásicos de Grecia y Roma”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 505-507 (1992) 321-345.

más de fidelidad al original, añadir la creación -recordemos su “traducir es transpensar”-, en el complejo sistema de ideas sobre la traducción que profesa el autor argentino¹⁴ también se equipara traducción a creación. Así pues, abandonando la exigencia de fidelidad al original y el tan debatido asunto de la mejor forma de verterlo a la lengua receptora, Borges llega a opinar que la obra original se ve enriquecida, si no superada, por el conjunto de versiones diversas que, de hecho, entran a formar parte del canon de la literatura a que se vierten. Y así, un Borges que habla enfáticamente de “su oportuno desconocimiento del griego”, afirma que esta circunstancia le ha permitido conocer las grandes traducciones en lengua inglesa, que han marcado un hito en la literatura de cada época y equipara la tarea creadora del traductor con la del propio autor del texto original:

“La superstición de la inferioridad de las traducciones -amonedada por el con-sabido adagio italiano - procede de una distraída experiencia. No hay un buen texto que no parezca invariable y definitivo si lo practicamos un número suficiente de veces” (J.L. BORGES, “Las versiones homéricas”, en *Obras completas. t. I.* Barcelona, 1989, 239).

Sin duda, este sería el caso de las traducciones de Chapman o de Pope, mencionadas por el autor argentino, en el caso de la lengua inglesa, pero también de la de Leconte de Lisle al francés¹⁵, que, independientemente de la perfección filológica de la versión, marcaron un hito en sus respectivas literaturas:

“(…) La Odisea, gracias a mi oportuno desconocimiento del griego, es una librería internacional de obras en prosa y verso, desde los pareados de Chapman hasta la *Authorised Versión* de Andrew Lang o el drama clásico francés de Bérard o la *saga* vigorosa de Morris o la irónica novela burguesa de Samuel Butler. (...) Esa riqueza heterogénea y hasta contradictoria no es principalmente imputable a la revolución del inglés o a la mera longitud del original o a los desvíos o diversa capacidad de los traductores, sino a esta circunstancia, que debe ser privativa de Homero: la dificultad categórica de saber lo que pertenece al poeta y lo que pertenece al lenguaje. A esa dificultad feliz debemos la posibilidad de tantas versiones, todas sinceras, genuinas y divergentes.” (BORGES, *op. cit.*, 240).

Por otra parte, es también reseñable la coincidencia -explícita en Martí, implícita en Borges¹⁶- en el desprecio por las traducciones españolas. Tengamos en cuenta que la tradición grecolatina entra en Hispanoamérica no por vía española, sino principalmente a través de la

¹⁴ Cf. para un estudio exhaustivo A. GARGATAGLI BRUSA, *Jorge Luis Borges y la traducción*, tesis doctoral en microficha. Universidad Autónoma de Barcelona, 1994.

¹⁵ Cf. H. PEYRE, *L'influence des littératures antiques sur le littérature française moderne. État des travaux*. New Haven, 1941, 19: “Certains de ces traductions (celles de M^{me}. Dacier, celles de Leconte de Lisle, sans parler de celles d'Amiot et de Paul L. Courier) comptent parmi les ouvrages les plus considérables de notre littérature au même titre que les *Mille et une nuits* interprétées par Galland (...) ce sont livres qui on charmé, ému, fait rêver des générations d'écrivains, beaucoup plus sûrement que tent de médiocres romans ou de mauvais poèmes du passé (...)”.

¹⁶ GARCÍA GUAL (art. cit., 325) sugiere que la ausencia de la *Odisea* entre la selección de obras de la colección conocida como “Biblioteca Personal” responde a que “no apreciaba ninguna versión castellana de Homero”. A este mismo hecho se atribuye el que se silencien las traducciones españolas en su ensayo “las versiones homéricas”.

obra del resto de Europa, cuyos estudios en el campo de la Filología Clásica alcanzan gran desarrollo en el siglo XIX. Mientras tanto, en España, no se encontrará durante este siglo campo abonado para que arraiguen en ella los estudios clásicos, a pesar del interés de algunos intelectuales aislados como Valera o Menéndez Pelayo, lo que condiciona la postura filológica que adoptan en su juicio de las traducciones de Homero españolas y extranjeras.

En Iberoamérica, por el contrario, figuras como Martí o Darío, y en el siglo siguiente Cortázar o Borges, hacen una consideración del texto homérico en cuanto a su carácter de obra de arte, tal y como lo percibe el lector, haciendo hincapié en las emociones que despierta en su ánimo, sin entrar en la consideración de los textos homéricos como hecho filológico.

6. REFLEXIONES FINALES.

Tras recorrer estos textos de un lado y otro del Atlántico cabe hacer algunas reflexiones oportunas:

a) Se observan distintos planteamientos en la valoración de las traducciones de Homero entre ambos continentes, durante el siglo XIX. Las alabanzas de la traducción de Hermosilla hechas por Valera y, sobre todo, por Menéndez Pelayo, tienen como trasfondo la situación española con respecto al secular descuido de los estudios clásicos en España, lo que les lleva a una reivindicación de los aspectos filológicos de la traducción.

b) La distinta valoración que de la traducción de Hermosilla hace Martí viene, en buena medida, determinada por la distinta vía de penetración del mundo clásico, que en Iberoamérica se produce principalmente a través del resto de Europa. Si bien Martí estudió griego en España, su cosmopolitismo y su admiración por la estética parnasiana le llevan a la alabanza de Leconte de Lisle, hecho en el que coincidirá con su seguidor Rubén Darío. Por su parte, Valera, quizás el más cosmopolita de los escritores españoles del siglo XIX, se encuentra, al menos teóricamente, comprometido con la tarea de dotar a España de buenas traducciones patrias de los clásicos¹⁷. Además, pese a su conocimiento literario del resto de Europa, hace notar sus prevenciones contra el exceso de admiración por lo francés, precisamente a raíz de la publicación de *Los Raros* de Rubén Darío.

c) Ya en el siglo XX, los testimonios de Cortázar y, muy especialmente, de Borges, nos muestran, como resumen de la tradición iniciada en el siglo anterior, una admiración por la obra de Homero por lo que tiene de eterna maravilla que conmueve el corazón del hombre, o, en palabras de Ana Gargatagli “lo maravilloso en estado puro”¹⁸.

¹⁷ Sobre los frustrados proyectos de traducir a Homero, Hesíodo y Esquilo por parte de Juan Valera cf. F. GARCÍA JURADO-P. HUALDE PASCUAL, *Juan Valera. Biblioteca del Humanismo*, Ediciones Clásicas, 1998, 35-52.

¹⁸ A. GARGATAGLI, “La invención del lector”, *V Encuentros Complutenses en torno a la Traducción*. Madrid, 1995, 321.